

## Del pensar orgánico al saber artesanal. Las huellas de los Nuevos Movimientos Sociales\*

SILVIA BIANCHI – CORA SILVANO  
(UNR)

**A** partir de 1980, en la mayoría de los países Latinoamericanos se agotaban los gobiernos dictatoriales y se abrían nuevas perspectivas con el inicio de gobiernos democráticos. En esta década aparecen conflictos que no pueden ser resueltos a través de las tradicionales propuestas de participación y organización de los clásicos partidos de izquierda o de derecha, ni de las ideologías que los sustentan. En ese escenario irrumpen nuevas formas de organización colectivas, «espacios» que se consideran como «alternativos», adjetivo que aun hoy no podemos conceptualizar y que encierra numerosos interrogantes.

¿Quiénes se consideran alternativos? ¿Alternativos a qué? ¿Para qué? Interrogantes que implican la construcción de nuevos sentidos que, a su vez, generan nuevas acciones: ¿Qué significa hoy ser mujer y ser hombre para la construcción de lo político? ¿Qué significa asumir la homosexualidad como punto de partida para plantear una transformación social hacia una sociedad que no discrimine? ¿Qué significa organizarse en un centro comunitario para resolver una necesidad insoslayable del ser humano, qué es comer? ¿Qué significa «preservar el medio ambiente» considerándolo como acto transformador? ¿Cuáles son para los jóvenes de hoy los espacios de participación? ¿Significa lo mismo si la oferta proviene del Estado, de la Iglesia o de la Universidad? ¿Cuál es la construcción de sentido acerca de la pertenencia a una «organización de desocupados»? ¿Cuál la de defender los derechos humanos como si todavía estuviese en duda quiénes son humanos y quiénes no? Sentidos y acciones que incluyen además a mujeres con pañuelos blancos que se preguntan dónde están sus hijos, dónde están sus nietos; y los hijos de esos padres que se suman para que esa historia pueda ser contada.

Formas de organización y participación que muestran una diferencia con lo vivido en la década del setenta, cuando la participación política aparecía como consecuencia de teorías totalizadoras que generaban acciones a partir de la consideración de un «sujeto de la revolución» preestablecido, sostenido en un pensamiento que más elaboraba síntesis que compren-

---

\* Este artículo es parte del proceso de investigación «Los nuevos movimientos sociales en contexto de pobreza urbana», evaluado y aprobado por el Programa de Incentivo para la Investigación (PID 1998/99). Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, U.N.R.

día contradicciones, y desde el cual, toda posibilidad de «lo diverso» (lo cultural, lo genérico etc.) quedaba secundarizado al proyecto elaborado de antemano. Por el contrario, las formas de organización colectiva que surgen en los 1980s., nos hablan de un sujeto cuya pertenencia a una organización política, a una comunidad religiosa, a una clase social, a un sector («los pobres», «los sectores populares») no está dada como pertenencia absoluta, sino que aparece un mismo sujeto cruzado por pertenencias difusas y múltiples. Es más, cualquier reivindicación o reclamo de derechos que no rescate «lo personal», «lo individual», decreta por anticipado su propia muerte.

Estos sentidos que construyen nuevos espacios, no tienen que ver con un «análisis de la realidad» al modo de las décadas anteriores, desde discursos totalizadores (la doctrina correcta, la mirada científica) tampoco surgen de la nada: se producen en una praxis a partir del aporte de saberes de los distintos actores. Saberes que implican una conexión con el pasado, en tanto historia relatada por quienes rescatan un recorte de la misma según la construcción de sentido desde el presente. De ese modo, palabras como «organización», «participación», «comunidad», «lucha», «resistencia», se resignifican desde un análisis crítico de vivencias de actores de carne y hueso que, sin dejar de lado un hilo de continuidad con las mismas, intentan al mismo tiempo, una ruptura que les permita vivir el presente con dignidad interior. Hablamos de prácticas donde se generan espacios de comunicación, en los cuales al decir de Fernando Calderón «...estas identidades restringidas se constituyen en el reflejo del otro, en un espacio de múltiples refracciones que cambian constantemente...» [en los cuales] «...!os actores no son sólo máscaras desconcertadas ni los escenarios espejos difusos que se reproducen al infinito, sino que son actores de su tiempo, en sus comedias, dramas o tragedias, y hoy vivimos tiempos de crisis [...] y por lo tanto articular históricamente el pasado no significa tal y como verdaderamente ha sido, significa adueñarse de un recuerdo tal y como se revela en el instante del peligro».<sup>1</sup>

Estas formas de participación y pertenencia, que cobran el carácter de experiencias en espacios aparentemente exteriores al ámbito de la política, dan lugar a la articulación de la palabra generando un interjuego entre «memoria» y «olvido», posibilitando utopías entendidas como transformación de lo que está y de lo vivido. Procesos que implican olvidar algunas vivencias y rescatar otras, traer el pasado al presente, poner el cuerpo para registrar huellas, abrir fisuras para construir desde las diferencias.

Estas reflexiones acerca de «formas alternativas» de organización colectiva, se sustentan en nuestra propia práctica, concretamente en experiencias que se generaron en la ciudad de Rosario en sectores populares, a partir del año 1989. Ante la agudización de la crisis económica, fueron las mujeres de los barrios más humildes quienes primero organizaron las ollas populares y comedores comunitarios, y quienes, ante la situación de hambre, de carencias naturales y de crisis general, tomaron la decisión de expresarse y apropiarse de lo que necesitaban para alimentarse generando un hecho social masivo denominado «los saqueos». Este

---

<sup>1</sup> CALDERÓN, Fernando *Movimientos Sociales y Política*, Siglo XXI, México 1995.

estallido social se convirtió en un primitivo y espontáneo germen de sublevación popular que permitió a la sociedad mirarse a sí misma para ver donde estaba parada. Cayeron las máscaras de «país europeo» o el tan remanido adagio «en este país no se pasa hambre», antiguos estereotipos con que se protegía la estructura social; se derrumbó una escenografía que nos permitió ver a los centros urbanos y especialmente a determinados sectores sociales, lo que sucedía en sus entrañas. Lo que se trató de difundir como un mero hecho policial, provocó que millones de palabras escritas u oídas, miles de estudios y cientos de libros y ensayos buscaran una explicación a este fenómeno. Desde nuestro lugar de docentes universitarias, y con la intención de articular nuestra práctica de investigación al contexto social y a las problemáticas que emergían, decidimos participar activamente en aquellos espacios barriales donde se había producido aquel fenómeno, donde después de él, ya nada era igual. El ayer de los saqueos convirtió al día después en el primero y, a la mujer, en protagonista revalorizada en su rol comunitario. Este fue el comienzo de una experiencia en «Villa La Cuarta» que dio lugar a un largo proceso de construcción de la organización comunitaria autogestiva que hoy se llama «Centro Comunitario La Rigoberta». Desde nuestra participación en esta experiencia, desde nuestro lugar como docentes investigadoras y al mismo tiempo recordando nuestras vivencias como protagonistas de lo que hoy se simboliza como «Generación de los '70», intentamos dar cuenta de los fenómenos sociales sobre los cuales reflexionamos en este artículo.

Sin caer en la tentación de buscar nuevas certezas ni de realizar un «análisis de la realidad» a modo de algo dado; desde una mirada que se construye desde nuestra propia historia, iniciamos un relevamiento teórico-empírico que dio cuenta de otras experiencias similares, no sólo de mujeres sino de grupos ecologistas, radios comunitarias, organización de desocupados, organizaciones barriales etc., y nos permitió percibir coincidencias en aspectos que, sin negar las diferencias que cada experiencia en particular tiene, hoy podemos considerar como generalizaciones:

- En primer lugar, consideramos que estos nuevos espacios de organización surgieron a partir de actores que provienen de distintos «lugares», de distintos sectores sociales, y de vivencias de prácticas políticas anteriores que van desde las «ollas populares» y «saqueos» a militancia partidaria, religiosa, en grupos guerrilleros, etc. La red de vínculos sociales que conforman estos espacios se fue dando desde el conocimiento interpersonal y afectivo, desde complicidades subyacentes y difusas, es decir, tienen que ver con acercamientos en el ámbito de lo subjetivo. Estas formas de relación, cuestionan prácticas verticalistas y concepciones a priori absolutas, dando lugar a procesos no lineales sino conflictivos, atravesados por los siguientes procesos tensionales:

a) tensiones con relación al ámbito del lenguaje, del discurso.

Aparece la necesidad de encontrar nuevas palabras o cargar de nuevos significados las existentes. En este sentido el concepto más fuerte a ser resignificado es «lo político», «la política». Por un lado aparece la necesidad de redefinirla en su sentido transformador, y por otro, se la niega identificándola con lo espúreo, clientelar y manipulador. Esto da lugar en

distintos momentos de las experiencias, a una construcción de sentido en relación con las acciones, algunas veces como «desligadas de lo político», y otras, como «política diferente». Tensiones que nos hacen pensar en la simultaneidad de formas instituidas de instancias político-partidarias todavía vigentes, y al mismo tiempo, de nuevas formas, aún no claras, instituyentes de lo político.

b) tensiones con relación a la construcción de estrategias desde la autogestión por un lado, y la necesidad, por otro, de articulación con políticas de estado sobre todo en lo económico-laboral aunque resignificando el tradicional clientelismo y presentándolo como reclamo de derechos, lo que genera obstáculos en relación con pensar un proyecto que podría denominarse para-estatal.

c) finalmente, tensiones que provienen de procesos de reconstrucción de identidades desde la particularidad, en un momento en el que el discurso hegemónico nos habla de «globalización». En este sentido, la búsqueda de «lo común» alterna con el reconocimiento de las diferencias. A las preguntas ¿quién soy? y ¿quiénes somos? se le agrega la pregunta ¿quiénes son los otros? ¿Los próximos, los diferentes, los antagónicos? Estas preguntas que dan cuenta de relaciones sociales con un «otro» que se visualiza diferente, no implican necesariamente una dicotomización, sino un reconocimiento de que lo que me diferencia del otro, también me constituye. De este modo, se han puesto en jaque concepciones como las de «hegemonía-contrahegemonía» ya que muestran la vigencia de diferentes identidades culturales, que intentan una nueva lucha por el sentido.

Estas características comunes en las experiencias de organización y participación que irrumpen en los 1980s., muestran dimensiones antes negadas tanto en el plano de la producción de conocimiento (construcción de categorías teóricas) como de construcción de propuestas políticas transformadoras. Ambas dimensiones dejaron marcas en la subjetividad de los actores involucrados, que no pueden borrarse a partir de lo que hoy se abre como una proyección y búsqueda de resolución de problemáticas vigentes en este fin de siglo. En las puertas del siglo XXI, ante un mundo tecnologizado e informatizado, pero en el que al mismo tiempo se siguen reclamando derechos básicos, donde se agudiza la exclusión de vastos sectores de población, creemos posible considerar que esos espacios de la década de 1980, permitieron mostrar las diferencias y particularidades en la conformación de subjetividades sociales y sentaron las bases para encontrar un nuevo giro a la necesidad de mirar la historia como un todo. Este «mirar la historia como un todo» no significa sin embargo, volver mecánicamente al pasado, sino poder superar esa riqueza de particularidades, para construir un proyecto colectivo en este nuevo momento. Hoy, a cierta distancia de un pasado que provocó miedos, vergüenza, prejuicios, quiebres afectivos, sensación de derrota y «fin de la historia», es posible pensar la relación de las denominadas década de los '70, década de los '80, no como una cronología lineal-cuantitativa, sino como un proceso que pretende unir lo particular con lo colectivo, el pasado al presente, las identidades políticas a las sociales, en definitiva, las huellas simbólicas de nuestra cultura que dicen de la pertenencia a un lugar y a un espacio.

Hoy, a fines de los 1990s, nos parece estar frente a una nueva instancia en la cual se manifiesta el agotamiento de los «movimientos sociales» de los 1980s. Existen nuevos intentos de construcciones colectivas en las que, por un lado, se hacen visibles las huellas de aquellos movimientos en tanto rescatan y valorizan las particularidades, pero, además, manifiestan la búsqueda de un proyecto político más amplio que articule las diferencias desde un espacio común.

En América Latina, nuestro espacio común, el debate esencial convoca a explicitar los valores que han de establecer la orientación de los modelos sociales para la entrada de nuestros países en el tercer milenio. Obliga a una toma de posición de las distintas corrientes políticas e ideológicas acerca de la pregunta y la confrontación planteadas desde aquél dramático «encuentro» de hace 500 años que se sintetiza en el alcance otorgado al concepto de «lo humano», sin silencios e hipocresías. Para pensar el futuro, se requiere de un balance histórico en profundidad, que no oculte las líneas de continuidad histórica de los movimientos populares Latinoamericanos.

De la misma manera que en otras grandes coyunturas de la historia, los modelos de sociedad y Estado que en la actualidad van diseñando las fuerzas de orientación popular, parten de valores claramente opuestos a los de aquellos que sustentan los proyectos de alta concentración de la riqueza. Dos opciones estratégicas que han de disputar el futuro y responder a distintos patrimonios socioculturales, a fuerzas políticas y económicas en pugna. Ellos expresan «la contradicción irreductible entre las tradiciones oligárquicas - señoriales del orden colonial y sus sucesores, y las aspiraciones de la comunidad humana mayoritaria resultante de esa larga historia de dominio»<sup>2</sup>. Más allá de las diferencias, a esas mayorías populares las hermanan determinados valores y grandes líneas de definición de sus propuestas de autonomía nacional y justicia social.

«Las dramáticas condiciones que enfrenta hoy América Latina no son la consecuencia de leyes económicas o de manos invisibles. Son el resultado del accionar de clases dominantes apoyadas incidentalmente por estados dictatoriales y más tarde por la cooptación de una parte mayor de las elites políticas e intelectuales, que se fueron convenciendo de las ventajas del neoliberalismo como negocios personales y como proyecto de futuro»<sup>3</sup>.

Nuestra pregunta, quizá en forma de grito, es dónde están la universidad y sus intelectuales críticos en esta trágica pero a la vez apasionante resignificación de la historia. ¿Están mirando esa vereda de la historia actual, donde se van gestando esos modos de organización que construyen los sectores impedidos de ingresar al mercado de trabajo como consecuencia

<sup>2</sup> RIBEIRO, Darcy: «O Povo Latinoamericano» en carta Falas Refleoes, *Memorias* N° 2, Brasilia 1991.

<sup>3</sup> ARGUMEDO Alcira. *Los Silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el Pensamiento Nacional y Popular*, Ediciones del Pensamiento Nacional. Bs.As. 1993.

de una creciente desocupación, de una «racionalización» que se acompaña de contundentes mecanismos de disciplinamiento social? ¿Están junto a quienes se han vuelto a «organizar para la necesidad» en los asentamientos de las periferias urbanas, los padres que se asocian para defender las escuelas públicas, las ollas populares de núcleos barriales que demandan una mejor calidad de vida, las organizaciones de microempresarios y de pequeños y medianos productores, etc.? Esas capas mayoritarias y heterogéneas están confluyendo con las organizaciones tradicionales de los trabajadores para la formación de un proyecto político alternativo y popular, pero los sectores universitarios están ausentes del debate y construcción. Tal vez quedaron seducidos por las propuestas del Banco Mundial y sus allegados, tal vez creyeron en «el fin de la historia y las utopías». Como decía Arturo Jaureche refiriéndose a estos intelectuales: «no hay mejor esclavo que aquél que lame la cadena de quién lo oprime».

Por el contrario, algunos seguimos creyendo, junto a Alcira Argumedo, que «el conocimiento y la creatividad constituyen factores claves en los nuevos patrones de desarrollo, que tienden a eliminar las divisiones artificiales entre el trabajo intelectual y el manual, propias del fordismo, y su difusión incrementa geométricamente las potencialidades nacionales y Latinoamericanas de decisión autónoma frente a las opciones tecnológicas y productivas. Desde tal perspectiva, es necesario imponer en nuestros países un espíritu de movilización solidaria para la formulación de respuestas propias recuperando, en especial, los potenciales humanos dilapidados por la marginación social: se trata de formar e integrar a los futuros trabajadores, empresarios sociales, técnicos, biólogos, artistas, médicos, investigadores, que habitan las viviendas precarias de los asentamientos urbanos y de las villas miseria. Se trata de impulsar nuevos modos de resolución de los problemas críticos, en el contexto de proyectos políticos sustentados en altos niveles de participación y formas originales de enriquecimiento de recursos y capacidades. Porque no hay misterio tecnológico para latinoamericanos amentes».<sup>4</sup>

Finalmente, creemos que hay más de una modernidad, hay múltiples proyectos. Lo que está en crisis es un proyecto que se impuso como único; fabulosa mistificación que obliga a romper con ese coloniaje mental que denunciaron, a principios de este siglo, intelectuales creativos y profundamente comprometidos con la sociedad a la que los intelectuales y las altas casa de estudio se deben. Los espacios universitarios son, como decía Max Weber, el lugar por excelencia de formación de cuadros orgánicos y de disputa entre visiones del mundo y proyectos históricos que procesan y reformulan el saber técnico-intelectual, acompañando el resurgimiento de los proyectos nacionales y populares para América Latina en la búsqueda de respuestas autónomas frente a la época que se avecina.

---

<sup>4</sup> Ibid.